

LIBROS

TRAS LA SENDA DE SAN BENITO EN LA AMERICA ESPAÑOLA²⁶⁹

¿Es posible la existencia de una Iglesia sin vida contemplativa masculina? El P. Gabriel Guarda se propone demostrar que Hispanoamérica ha contado con los dos elementos de ella, eremítico y cenobítico, y en una gama tan amplia, original e imaginativa como no se habría podido esperar de una región en que las restricciones y obstáculos a las órdenes monásticas fueron de toda índole, y por demás aplastantes.

Circunscribe el autor su trabajo a lo estrictamente científico en su campo propio, y la modestia del investigador se refleja en el mismo lenguaje y el estilo de la obra.

Esta misma aparente frialdad de la palabra esconde diríamos que un gran corazón de monje, y hay en ocasiones giros o combinaciones breves de palabras que delatan al observador benévolo, un poco sonriente, con cierta pillería de chileno “como que no quiere la cosa”. Así (p. 28): “la vida eremítica imponía a sus cultores exigencias que no se ocultaban a nadie...”, y en la página 65: “movió a no pocos ministros de la Iglesia a difundir lo que podríamos llamar devociones monásticas...”

Así que el P. Guarda no compromete su obra de erudito con propósitos grandes y explícitos. Queremos recoger el más general de ellos: el de probar si es posible una Iglesia “sin contemplativos masculinos”, y si se ha dado, o si es todo lo contrario. Quizá no responda definitivamente a la cuestión este breve trabajo que analizamos, pero su misma ausencia de pretensiones hace más contundentes las pruebas aportadas a que en Hispanoamérica existió un monacato cuya realidad se nos presenta tanto más conmovedora cuanto más desconocida hasta hoy.

Aparecen a nuestra vista figuras de ermitaños de la estatura de “los Hilariones y Antonios de la Tebaida y de la Nitria” (p. 28, nota 31).

Ni lo grotesco, ni lo sucio, ni lo que para nosotros, hombres de ahora, resulta duro de oír y de comprender, toca el autor en sus ermitaños. En cambio, nos da uno que otro retrato magistral tomado de autores antiguos -no se entiende bien, en el ejemplo que citamos, si Miguel de Olivares o “el autor de Purén Indómito”- decimos: aquel anacoreta “amable de trato y conversación y venerable por su presencia, apodado por sus compañeros “El Carísimo”, encantador hasta para morir, pues aceptó ser levantado hasta la montura de un caballo: “y don Ramón abrazado con él; y apenas empezaron a caminar cuando voló aquel espíritu de su soledad al cielo; pero sin torcerse ni caer, ni dar señas de muerto, de suerte que don Ramón le iba hablando, como a vivo”.

También hubo vida eremítica a la sombra de los conventos de órdenes mendicantes (p. 28). El libro trae varios de estos retratos de estos Padres del desierto hispanoamericano. En uno de ellos, nos parece que el P. Guarda hace su único elogio a una persona en las páginas de su “Implantación...”: hablando del Padre mercedario Francisco de Salamanca y de la ermita que decoró en el Cuzco, nos encarece “su fina personalidad” y que se conserva como reliquia “su

²⁶⁹ GABRIEL GUARDA GERWITZ, osb, “La implantación del monacato en Hispanoamérica” Siglos XV-XIX, Anales de la Facultad de Teología, Santiago de Chile, 1973, 96 páginas.

fino retrato”.

Seguimos en la primera parte de la obra, que concluye con un capítulo sobre las recolecciones, otro sobre los Carmelos, y otro sobre “el recurso vocacional a Europa”.

Las recolecciones son famosas aún hoy en las grandes ciudades como Santiago de Chile, Lima y Quito por subsistir en el centro de ellas las iglesias construidas junto a ellas en aquel entonces fuera de la ciudad, y llamadas “recoletas”: la recoleta franciscana, la de Santo Domingo, y en general, de las “cuatro Ordenes permitidas”... Las mendicantes se transformaban allí en “verdaderos modelos de vida contemplativa”, sus casas, en “verdaderos monasterios” y uno de sus mejores miembros “era verdadero imitador de los antiguos Padres del desierto” (según cita de otro autor).

El capítulo sobre los Carmelos se refiere a los desiertos que los descalzos reeditaron en Hispanoamérica “al estilo de los existentes en la península” (p. 33).

El recurso vocacional a Europa, que “por razones obvias no fue general”... “se repite aquí y allá, sin embargo, con la suficiente frecuencia como para dejar rastros documentales”. Rastros ilustres, por ejemplo: un neogranadino en la Cartuja del Paular, un criollo de Lima en la de Las Cuevas de Sevilla; un chileno (el P. Francisco de Borja García Huidobro y Morandé) en la Cartuja de Jerez, junto con aquel otro chileno, Fray Bernardo Sotomayor y Elzo, “el primer trapense chileno”, como lo llamó el P. Mauro Matthei en la revista Yermo (1963).

Sería interesante extenderse sobre la segunda y la tercera parte de este libro, que con tanta seguridad nos conduce hasta bien entrada la puerta de ese camino monástico chileno por el que ya parece que corremos y que, en el Cono Sur, nos ensancha -con Guarda y otros- el corazón.

La segunda nos habla de los obispos monjes, nombrados desde España, algunos de los cuales se rodearon de monjes, pero que en todo caso dieron un poderoso testimonio, “por ser en ellos máxima la posibilidad de difusión que podían ejercer desde sus altos cargos” -y llega a decir el P. Gabriel Guarda “casi diríamos, propaganda” (p. 39). Pero, además, estaban los monasterios femeninos, la literatura de carácter monástico y “las devociones monásticas” (p. 65) “cauces todos a través de los cuales el interés por la vida contemplativa estará presente... hasta llegar a emparar la piedad virreinal” (p. 39). Así lo creemos, en efecto.

En la tercera parte conocemos los monasterios que realmente pudieron existir en América española: el de Nuestra Señora de Monserrat, en Lima, por ejemplo, entre unos pocos más, pero a medio existir bajo las prohibiciones (que ellos creyeron haber sobrepasado con el subterfugio de venir a la ciudad de los Virreyes a “recolectar limosnas”). “Santo Toribio de Mogrovejo, que a la sazón... gobernaba, (etc.) puso reparos” (p. 80), solidarizando así “con la indomable voluntad de Felipe II”, quien -como siempre- “se negó a toda razón” (p. 86).

Incluye esta última parte: los benedictinos de México, las casas jerónimas, “en torno a una fundación de la Cartuja”, el “intento trapense”, los monjes peregrinos, expedicionarios o científicos y “el caso del Brasil”, tanto más desconcertante (el permiso para fundar en los nuevos territorios), cuanto que quien lo autoriza “es en un momento dado el mismo Felipe II” (p. 91). La hermosa expansión benedictina realizada por la Congregación de Portugal comienza definitivamente en 1581. y llega, en 1694 (quiere decir: todavía en el siglo XVII) “a su apogeo, con once monasterios -siete de ellos Abadías” (p. 92). Parece que este último detalle sólo se completa en 1720... cuando el Monasterio de Nossa Senhora da Graça es elevado también a Abadía.

Concluye la obra con un precioso grabado de San Benito Abad hecho en Lima en el siglo XVIII -de cuya reproducción en colores nos habría gustado poder disponer, así como de alguna otra- y un capítulo final muy breve, a modo de “Conclusiones”.

Creemos que, sin proponérselo -coincidiendo con lo que anotábamos al iniciar este comentario- el P. Gabriel Guarda llega a comprobaciones concretas que la índole seria y erudita de su trabajo (nos parece) hacía ineludible.

En primer lugar, a él le “admira percibir los cauces por los que brotan, a falta de monasterios: audaces fundaciones espontáneas, de vida efímera, proliferación de la vida eremítica, experiencias monásticas dentro de las órdenes mendicantes”... fuera de -recalcamos nosotros- el “recurso vocacional a Europa”. Y continúa el P. Gabriel:

“De todas estas manifestaciones se desprende como dato importante que el llamado a la vida contemplativa es independiente de las limitaciones de carácter externo, que simplemente se da, a pesar de circunstancias externas desfavorables”.

No dice nuestro despreocupado (o cuidadoso) autor que “no es posible una Iglesia sin vida contemplativa masculina”, con lo que daría así afirmación tajante a la que hubiera podido ser tesis de su obra; ni tampoco hace referencia alguna directa que pudiera resaltar su acierto, siquiera fuese en uno de los aspectos menores.

Meramente, anota.

Todo lo intentado o logrado -nos dice- dentro de este ambiente adverso en que se ha enmarcado al monacato, “tiene el mayor interés como ilustración para valorar o desestimar experiencias similares, factibles de ser realizadas en el presente y en el futuro” (p. 95). Porque hay -subraya- “una falta de conexión con las soluciones tradicionales en que se ha enmarcado al monacato.”

“Los grandes testigos” cuya presencia se nos ha dado en esta galería de Hispanoamérica, misteriosa y rotunda en su esquema, responden con fuerza propia que escapa a la expresión que su autor por poco no nos niega.

Las “soluciones tradicionales”, ¿cuáles serían? El P. Gabriel Guarda insinúa que no sólo estas soluciones sino además la situación señalada en su libro para la América española “sin duda contribuye a explicar muchas de las dificultades que las órdenes contemplativas han debido sentir y sufrir cuando les fue permitido implantarse y desarrollarse”...

Es decir, a una situación totalmente nueva, por un lado no le eran aplicables los esquemas tradicionales de “implantación monástica”; y por otro, “toda la situación señalada”, vale decir: “el ambiente oficialmente adverso... la política antimonástica de la Corona española en Indias...” produjeron, entre otras cosas (y es importante destacar también esta idea de la página final), “una falta de familiaridad, de popularidad -en el sentido de conocimiento público- de las órdenes contemplativas masculinas”... Sobre todo si se compara con la presencia en Europa o Brasil de monasterios “como hecho físico, cultural y espiritual” (es decir: en cuanto a edificios, en relación con la historia civil y en materia de historia religiosa, como lo señala el mismo P. Guarda con excesiva reserva en el énfasis de sus asertos, para obra tan fundamental en este campo).

Nos quedan sólo dos puntos negativos que mencionar: el primero, la sorpresa que cualquiera se lleva, (al enterarse de que existe esta obra fundamental) ante la ausencia de comentarios de parte de la crítica y de los monasterios en general; el segundo, que celebrábamos el apropiado título del libro y el uso de la palabra “monacato” -que ya adquiere sus fueros en esta Hispanoamérica de ermitas y cenobios recién salida de la oscura tardanza de su llegada- cuando tuvimos que lamentar el uso galo de “monaquismo” dentro de sus páginas.

Pero el título del libro, “es un título bonito”, le diríamos al P. Gabriel. Lo demás, son briznas muy pequeñas en la inmensa pradera de esta “Implantación”, y que una cita final del texto (p.

96), tomada de la revista *Concilium*, recubre con la esperanza segura de que estos solitarios con quienes hemos convivido por algunas horas, serán “un modelo, un desafío, para que en el seno de la Iglesia nunca pierda sabor la sal ni llegue a oscurecerse la luz del mundo”.

San Benito de Lliu-Lliu
Chile